



# RENTERIA EN 1800

## EL INFORME DE J. IGNACIO GAMON

Por J. Ignacio TELLECHEA IDIBORAS

En las enfermedades y problemas individuales, junto a la auscultación del momento, es preciso echar mano del historial clínico. Cuando se trata de una colectividad o cuerpo social, a veces olvidamos el equivalente del historial clínico, esto es, el proceso evolutivo seguido por la comunidad en cuestión. Con ánimo de ofrecer unos datos de un pasado no tan lejano de Rentería, quiero resumir en pocas páginas lo que se deduce de un amplio informe redactado en Rentería en 1803, muy rico en detalles y aleccionador para los que quieran reflexionar sobre él. ¿Cómo era Rentería en 1803? ¿Qué había y qué no había? ¿Cómo se miraba al pasado y al futuro?

Rentería era una villa con propia jurisdicción civil y criminal. Incrustada en la provincia de Guipúzcoa, estaba a la cabeza del Puerto de Pasajes, «cuyas aguas la bañan en altamar por sus dos lados y aun por el centro». Era una villa de realengo, como casi todas las de la provincia. ¿Era una villa en decadencia? Al menos mirando al pasado, parece añorarse épocas de mayor esplendor. Un verbo triste, que rezuma añoranza, aflora en el informe: **tuvo...** Tuvo floreciente comercio, que se fue extinguiendo. En esta decadencia influyeron trabas impuestas, y también una fata-

lidad en la condición fronteriza de la villa: los incendios por guerras con Francia. 1476, 1488, 1512, 1638. Fueron extinguiéndose y reduciéndose las familias. O se vieron obligadas a emigrar a América, por «no hallar en su país». En 1803 tenía 232 vecinos, que, multiplicados por cinco miembros de familia, nos dan la cifra global de población.

Estas gentes vivían en 146 casas del casco urbano y 78 caseríos. Sus calles ofrecían no escasas ruinas: 60 casas del casco y caseríos estaban del todo arruinadas; 11 de ellas, en la invasión francesa de 1794. En tiempos antiguos la población se aglomeraba cerca del convento **extramuros** de monjas, a continuación de la calle Magdalena y en el barrio de Santa Clara. Todo aquello era en 1803 huertas y sembradíos. Algo más que «campos de soledad, mustio collado».

La sangría de población no cesaba en Rentería. En el mismo año 1803 acababan de embarcar para América dieciséis mozos, camino de Caracas, «sin esperanza de su regreso, como ha acontecido constantemente en tiempos anteriores». El informe nos proporciona una estupenda información demográfica, que cumple las más rigurosas exigencias de la técnica actual:

	Solteros		Casados		Viudos	
	Var.	Hem.	Var.	Hem.	Var.	Hem.
Hasta 7 años.....	89	77	000	000	000	000
De 7 a 14 años.....	80	53	000	000	000	000
De 14 a 25 años.....	141	137	7	8	000	000
De 25 a 40 años.....	55	67	63	67	1	2
De 40 a 50 años.....	7	22	50	59	2	13
De 50 a 60 años.....	12	18	40	34	3	20
De 60 a 70 años.....	9	14	23	19	3	25
De 70 a 80 años.....	1	6	6	3	3	15
De 80 a 90 años.....	000	000	1	000	3	4
De 90 a 100 años.....	000	000	000	000	000	000
De 100 arriba.....	000	000	000	000	000	000
Totales.....	394	394	190	190	15	79
Totales de estados...	788		380		94	
Total general.....			1.262			

La villa contaba con Casa Consistorial, dos cárceles, una carnicería y un matadero. Disponía de alhóndiga, dos molinos harineros. Tres casas particulares hacían de tabernas de abastos públicos: una de vino, dos de aguardiente y mistelas. No tenía hospital por falta de arbitrios. Pero contó en tiempos con un hospital de San Lázaro, junto a la ermita de la Magdalena, al que todavía a mediados del *silo* XVI acudían enfermos de dentro y fuera del pueblo, y hasta de los pueblos inmediatos de Navarra, a curarse de lepra. Los comerciantes de la villa, como dueños de navíos y de las pescas de Irlanda y Terranova, lo sostenían con un tanto por ciento cargado sobre las mercancías. Al extinguirse el comercio, fue muriendo el hospital. Y Rentería se quedó sin hospital, y no vio surgir ningún manicomio, casa de expósitos, hospicio, ni establecimiento para huérfanos.

Sí tenía una escuela de primeras letras, examinada y dotada por la villa. Asistían a ella 38 niños. Además había dos escuelas de niñas, dirigidas por dos maestras. Enseñaban a leer, hacer calceta y la doctrina cristiana, y contaban con 21 y 20 niñas respectivamente. No había más escuela de gramática, ni cátedras de ciencias, ni academias, ni sociedades económicas, ni otro tipo de colegio de educación.

Desde el punto de vista religioso, Rentería contaba con parroquia «de singular arquitectura, muy asemejada a catedral, con ocho columnas, bóveda de piedra sillar de delicada y dificultosa construcción y un magnífico retablo mayor de mármoles y estuco, trabajado con diseño del célebre don Ventura Rodríguez y la obra estatutaria y el artesonado y perfiles por mano del insigne escultor D. Alfonso Díaz Bergaz». Ambos vivían en Madrid y fueron directores, en sus respectivas especialidades, de la Real Academia de San Fernando. El rebajado arco sobre el que se asentaba la torre es celebrado por todos los facultativos. Rentería contaba además con la basílica de Santa María Magdalena, y con la ermita de Santa Clara. Atendían al pueblo un párroco, cinco beneficiados, dos medioracioneros y un capellán. Había entonces un ordenado *in sacris* a título de su beneficio, y dos tonsurados. Un sacristán, sin acólitos ni sirvientes, se bastaba para las cosas del culto.

El convento de capuchinos pertenecía a la provincia de Cantabria y Navarra; el de agustinas, a la de Castilla. Ambos estaban extramuros, a poca distancia de la villa y en extremos opuestos. Vivían en el convento catorce capuchinos, diez sacerdotes y cuatro legos y dos donados. Las agustinas contaban trece profesas, dos legas y un vicario de la misma Orden. En ninguno de los dos conventos había novicio alguno. Los capuchinos tenían un síndico eclesiástico en la villa y otro seglar en San Sebastián. Los legos salían como demandantes a pedir por los pueblos vecinos.

En Rentería no residía ningún título nobiliario. Pero todos sus vecinos eran nobles de sangre e hidalgos, sin que apenas pudiese distinguirse quien no lo fuera. No había comisario de Cruzada, sí uno de Inquisición. Tampoco había ningún empleado u oficial real. Sólo dos naturales de la villa estaban enrolados en el ejército; uno como comisario ordenador, otro como capitán de artillería. También pertenecían a un pasado glorioso las levas de renterianos que sirvieron en la Real Armada. Contaba con no pocos generales, almirantes y capitanes. Las odiosas trabas puestas al puerto de Pasajes acabaron con aquella casta de marinos. No había en 1803 ningún oficial de marina. Ni había en 1803 ningún hijo de la villa que estuviese estudiando o hubiese terminado carrera de ciencias. Un abogado, dos escribanos de número, un alguacil, un médico, un cirujano, un boticario y un alféitar, formaban la elite intelectual de la villa.

En Rentería existían seis mayorazgos. Y sólo cuatro labradores propietarios; los arrendatarios eran 32. Tres cultivaban tierras en parte suyas y en parte arrendadas. Se cuentan ocho jornaleros, y 18 criados de labranza. La causa de esta anómala falta de propietarios se atribuye al pasado; dedicado el vecindario a la navegación y comercio, unos pocos se apoderaron de caseríos y tierras. Solo había dos ganaderos no labradores. Pasaron de la labranza al pastoreo: uno por anciano, otro por haber perdido una mano en la última guerra con Francia. Los 68 cabezas de familia que vivían en caseríos eran labradores y ganaderos. Tenían vacas para explotación de leche y para estercolar los campos. De ellos 30 tenían a cada yunta de bueyes para su labores y para emplearse en acarreo de madera, piedra, etc. Trece tenían ganado lanar. No había ningún cazador de oficio. En cambio había 38 pescadores que con grandes lanchas salían diariamente a alta mar, y seis a bajura. Ninguno pescaba en el río.

La población artesana se distribuía como sigue: Cinco trabajaban en la Faendería. Catorce trabajaban como carpinteros de ribera en la construcción y carena de barcos en Pasajes, con otros ocho calafates. Seis carpinteros trabajaban en la construcción y reparación de casas. Había bajado por defunciones el número de maestros de obras y canteros; había tres agrimensores y maestros de obras y un cantero; dos albañiles, diez claveteros. La cofradía de marineros alistaba a 57 alistados, como hombres de mar y empleados en viajes; de ellos 43 se fueron de la villa y no habían regresado ni había noticia suya de América. A estos emigrantes relativamente antiguos había que añadir los recientes que fueron a Indias de polizones.

Pasemos al mundo mujeril. Treinta se ocupaban en hilar lienzos y servilletas del país. Las demás hilaban y hacían calceta en ratos libres para sus casas. Había diez tejedoras de lienzo del país; 35 se ocupaban en hoteles transportando gente de tránsito, a flete. Había 34 criadas.

La frase más amarga del informe es ésta: «No hay en este pueblo comerciante alguno ni le ha habido muchos años, por lo que está indicado al n. 5». Sólo había dos mercaderes minoristas que vendían a los vecinos y no a los forasteros «por la prohibición que hay de ello en virtud de privilegio que tiene San Sebastián por causas no existentes». San Sebastián es la nube negra del horizonte decadente de Rentería.

Algunas carencias honran a Rentería. NO HABIA arrieros ni trajineros, caballeros, ayudas de cámara, cocheros, lacayos. No había ningún mendigo varón. Sí seis mujeres de más de 40 años, que vivían de la caridad. Una viuda enferma, otra muy anciana y otra ciega.

Dominada por el viento norte y noroeste, Rentería contaba con río cercano. El agua potable era de buena calidad, pero escasa. Hacía pocos años se había extinguido su principal fuente de agua saludable y abundante con manadero en la plaza principal. Se hablaba de hacer nueva conducción de aguas. La espaciosa playa, se dejaba bañar por la pleamar dos veces al día. El temperamento del pueblo era sano; y a juicio de los médicos se debía al flujo y reflujo del mar.

Con todo, Rentería era entonces una villa en cuarto menguante. De 1797 a 1799 bajó su población en 94 habitantes, sin contar los 95 que murieron en la guerra con Francia. Con motivo del establecimiento de la pesca de altura habían venido a engrosar la población varias familias de Vizcaya. La despoblación era motivo de seria preocupación, porque subsistían sus causas motivadas. Se apunta una solución: el comercio libre de trabas en la villa y en el contiguo puerto de Pasajes, «el único remedio de tanta desgracia».

Hay un punto donde Rentería aparece como adelantada: en la vacunación antivariólica. «A persuasiones de personas prudentes—¡y contra la opinión del médico conducido!— se había puesto en práctica la vacuna contra la viruela en diversos niños y niñas «con el éxito más feliz». El Ayuntamiento estaba decidido a proseguir el camino, «por las repetidas noticias que dan las Gacetas, especialmente las extranjeras, de la oportunidad de este medio y de los beneficios públicos que produce esta operación».

---

Rentería era un pueblo trabajador: «No se conoce en este pueblo quien no sea aplicado al trabajo. Así es que sus habitantes se emplean, ya en la labranza, ya en viajes a la América y en la pesca, ya en condiciones de vena de hierro por marca, ya finalmente en la carpintería y otros trabajos de la canal y puerto de Pasajes, aunque con la desgracia de que son poco duraderas sus faenas por falta de comercio; y cuando ellas cesan, se industrializan en la labranza y otras ocupaciones que se ofrecen». ¿Nos encontramos en un régimen de explotación donde sólo cuentan los brazos hábiles? No trabajan los viejos y niños: a unos y otros cuidan sus familias. En caso de enfermedad se les suministra una libra de carne por la fundación del general don Martín de Zamalvide, renteriano ilustre. A pesar del deseo, no se veía la posibilidad de levantar un hospicio. Los capuchinos daban diariamente de comer a los pobres del pueblo y transeúntes.

El informe, redactado por don Juan Ignacio Gamón, se cierra con un análisis de la decadencia de Rentería. Añora los tiempos de opulencia, con comerciantes españoles y extranjeros (ingleses, flamencos, franceses), y aboga una vez más por los derechos a su juicio conculcados de Rentería, con alusiones a pleitos seculares.

De 1800 a 1974 no han pasado dos siglos. Una explosión demográfica preocupa hoy a los ediles de Rentería, convertida en la América moderna de centenares de familias. Surgen otros problemas. Hay inquietudes culturales, industria, prosperidad. «¿Cualquiera tiempo pasado fue mejor»? ¿Todo en el presente será mejor? ¿No habrá que hacer un futuro mejor?